



LAS HURDES. AYER Y HOY DE UN PARAÍSO NATURAL

**Ctra. de Coria, 1 -
10624 RIOMALO DE ABAJO -
Cáceres
Tel.: 927434020 Fax: 927434100
www.riomalo.com
www.lashurdes.com
riomalo@riomalo.com**





PRÓLOGO

“Nadie nos podrá negar que estas páginas fueron escritas con honestidad y con gran amor a Las Hurdes. Pero aún queda mucho por hacer en esa tierra. Se hacen precisas muchas más páginas, rigurosas y serias, para contrarrestar las retahílas malsonantes que se garabatearon sobre uno de los territorios con mayor personalidad de toda la antigua Iberia”.

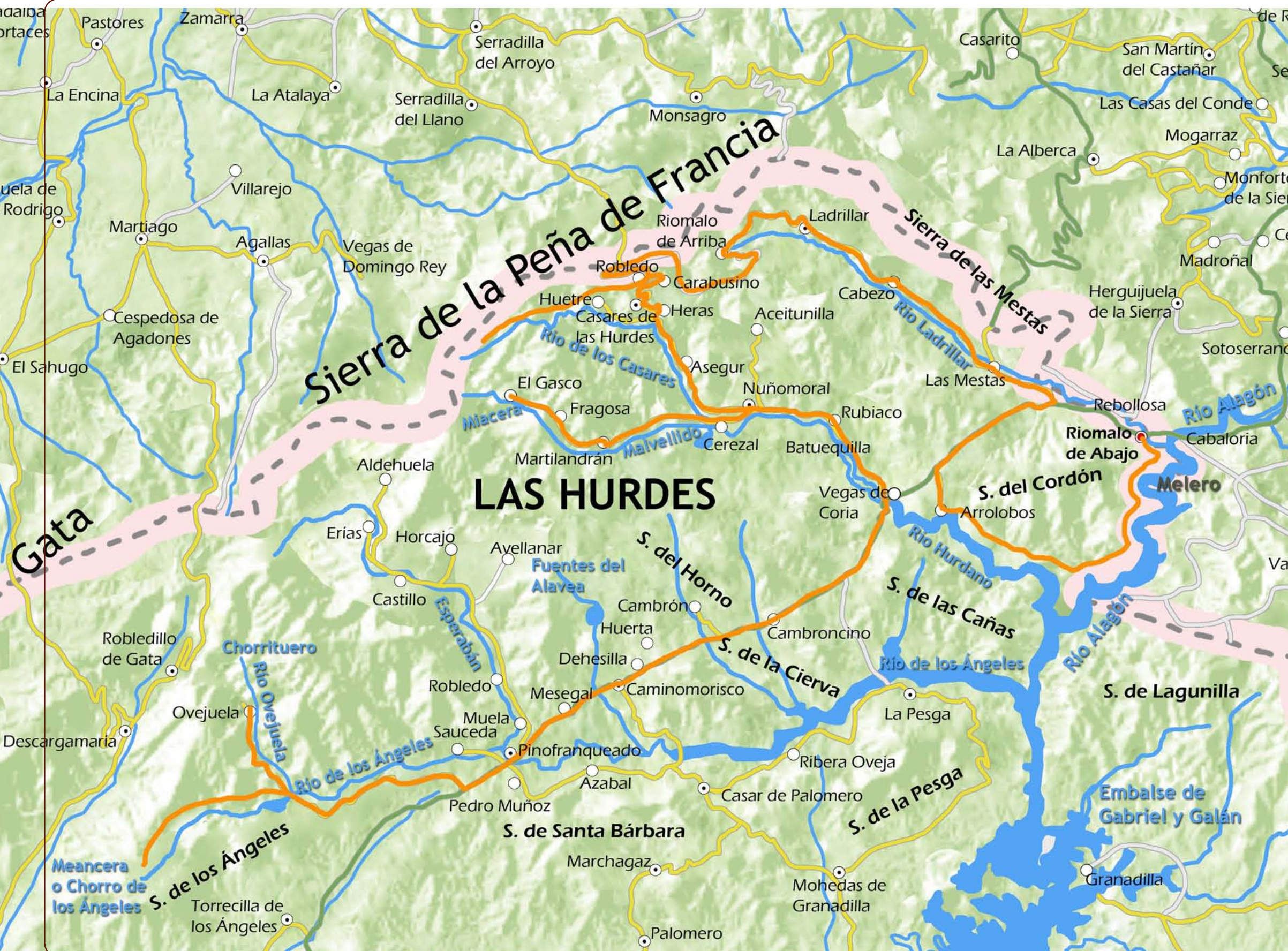
Félix Barroso

Cuando oímos hablar por primera vez de Las Hurdes y buscamos noticias sobre la región, fuimos a dar con multitud de opiniones sobre una tierra sin tierra, que dicen, sobre la centenaria incomunicación y la leyenda negra que muchos viajeros habían ayudado a crear; sin embargo, encontramos también algunos escritores que daban una visión diferente sobre etnografía y naturaleza hurdanas. La historia, las opiniones de otros tiempos y la mirada de hoy nos llevaron a Las Hurdes, a verificar la certeza de la documentación recogida. Nadie puede entender la sorpresa y las sensaciones que nos causaron Las Hurdes, su descomunal belleza, su magnífico medio natural, el triste pasado y el feliz presente de sus alquerías... En algunos momentos llegamos a enmudecer y a sentirnos como águilas, observando desde las alturas el infinito horizonte y los cerrados valles.

Aquí están las impresiones de nuestra aventura; son una forma más de desmontar leyendas negras y tópicos de antaño, así como de rendir tributo a Las Hurdes, a sus gentes, a aquellos que día a día cuidan de su impresionante medio natural y a todos los que sienten perder un poco de sí mismos cuando su tierra se ve azotada por uno de esos terribles incendios que, en ocasiones, azotan la región.

Esther de Aragón

NOTA: Este cuaderno está realizado por Esther de Aragón. Tanto sus textos, como sus fotos, son propiedad de la autora y del Centro de Turismo Rural Riomalo.



El viajero que se adentra en la región hurdana enseguida entiende el porqué de aquella centenaria incomunicación; situada en el norte de Cáceres y lindando con Salamanca, su perímetro está rodeado de sierras. Los 470 km de su superficie están configurados por estrechos y angostos valles, que siguen excavando los ríos Batuecas, Ladrillar, Hurdano, Malvellido, Esperabán, de los Ángeles y Alagón, así como por escarpados y verticales montes; debido a esto último y al sustrato de pizarra, que impide el aprovechamiento de la tierra, las lluvias forman verdaderos torrentes arrastrando consigo la poca tierra que pudiera producir la erosión natural.

40 son los núcleos de población que se dispersan por la zona y que antiguamente se denominaban alquerías. Debido a lo escarpado de los montes la mayor parte de los pueblos se encuentran situados en el fondo de los valles y al borde de los ríos. Se agrupan, hoy, en 5 municipios: Caminomorisco y Pinofranqueado, que forman Las Hurdes Bajas; Nuñomoral, que fue la zona más inaccesible y entre cuyas alquerías se encuentran El Gasco, Fragosa, Martilandrán y Asegur; Casares de las Hurdes y Ladrillar, estos tres forman Las Hurdes Altas y producen unos barrancos casi verticales y de una belleza increíble.

Fuera de la ruta propuesta quedan lugares tan indescriptibles como todo lo visto. Recordemos que los paisajes de bancales y las montañas de Las Hurdes Altas han dado mil veces la vuelta al mundo. También han quedado fuera Las Hurdes Centrales, desde Vegas de Coria a Mesegal; por estos pagos se abren otras interesantes posibilidades, como la de descubrir las Fuentas del Alavea, a las que se accede por una pista que comienza en la Portilla de las Ánimas, cerca de Pinofranqueado y que recorre las laderas de la Sierra del Horno, volviendo a la carretera a la altura de Cambrón, tras 23 kilómetros; la pista pasa junto al Mirador del Alavea, un río que nada más nacer se despeña entre verticales rocas. Desde Vegas de Coria, a la altura de la Portilla de la Buen Agua, que ellos mismos llaman, se puede tomar una pista que recorre la Sierra de la Mula y se dirige a Cerezal, aunque también da la posibilidad de alcanzar las pistas altas de la emblemática cumbre del Arrobuey; mientras el camino asciende pasa por la pequeña presa que recoge las aguas del Arrolamúa y junto a los bellísimos saltos del Arrobatuequilla, nombres estos últimos que son los que los hurdanos han utilizado desde siempre para ambos arroyos.

TEXTO GENERAL

Comenzamos nuestra aventura penetrando en Las Hurdes por Riomalo de Abajo, población que nos permitió aprender algo sobre la antigua fisonomía hurdana, de casas pequeñas de pizarra y calles estrechas, aunque en esta alquería, que desde siempre han llamado aquí a los pueblos, las fachadas están encaladas y son pocas las edificaciones antiguas que quedan; en todo caso, el paisaje nos pareció un buen preludio de lo que después íbamos a ver y nos recordó la descripción de Félix Barroso, un gran conocedor de Las Hurdes, sobre la arquitectura tradicional:



“Pizarra sobre pizarra; formas redondeadas; escasos vanos; gruesos muros, lucidos, a veces, con almagre; maderos de castaños, lanchas en vez de tejas, y dimensiones reducidas. No es un símbolo de pobreza, ni mucho menos. Responde a un tipo de vivienda bioclimática, enmarcada dentro de determinadas coordenadas socioeconómicas.”.

Entramos en una pista, bien señalizada, en la misma población de Riomalo de Abajo, siguiendo el curso del río Ladrillar, que por estos pagos es retenido en una piscina

natural durante el verano. Enseguida nos separamos de su incipiente desembocadura sobre el Alagón y empezamos a subir. Poco podíamos sospechar la imagen que este último río iba a ofrecernos más allá, la del Melero, el meandro más pronunciado de su curso, pues, aunque lo habíamos contemplado en fotografías, el grandioso escenario nos dejó asombrados; desde un mirador vimos retorcerse el río, rodear una pequeña península y después abrirse camino entre altas paredes de roca hacia el embalse de Gabriel y Galán, perceptible en la lejanía; por encima, en el lado salmantino, Arca y Buitrera, el espacio protegido y, más allá, la Sierra de Béjar, que entonces lucía un gran manto blanco. La soledad y la belleza de estos paisajes se apoderaron de nosotros, con mucho más motivo cuando nos aventuramos a seguir la pista y, tras unos pocos kilómetros y sobre el Alagón, llegamos a Arrolobos.

Era obvia la pregunta sobre el nombre, y no menos la respuesta, ya que nos enteramos que en otros tiempos, no lejanos, los lobos poblaban la comarca y que sólo las masivas



reforestaciones de pinos acabaron con parte de la fauna y muchos de los rebaños de cabras de los que se alimentaban los lobos y, por lo tanto, con la especie en la zona. A pesar de ello tuvimos noticia de gentes que se hicieron famosas a comienzos del siglo XX por su habilidad para cazar lobos.

Por Arrolobos vimos el río Hurdano, aunque éste no sería el último encuentro con él. Buscamos entonces la carretera principal de Las Hurdes, volvimos sobre nuestros pasos, hacia el nordeste, y nos desviamos por la que sube acompañando las aguas del Ladrillar. El asfalto, que ascendía constantemente encerrado entre las sierras del Cordón y de Las Mestas, llegaba hasta Riomalo de Arriba, uno de los lugares en los que se ha mantenido la fisonomía hurdana. Carretera arriba, más tarde, llegamos a contemplar desde lo alto bellísimos paisajes de sierras y horizontes inacabables. Por debajo, el cerrado valle del Ladrillar. La vegetación que nos rodeaba era una buena prueba de la que ha existido en Las Hurdes desde siempre, eso sí, con enormes masas forestales de pino de repoblación: brezos rosa y blanco, madroño, jaguarzo... Tras unos cuantos kilómetros el descenso nos asomó al valle del Hurdano y si nuestro ánimo había quedado en suspenso varias veces, ahora las perspectivas nos dejaron sin habla. Tierras infinitas, magníficas, azuladas por el reflejo del sol sobre la pizarra. Antes de llegar a Casares de las Hurdes, una pista hacia la derecha nos indicó el acceso a la presa conocida como la “Majá Robledo”. Mereció la pena llegar hasta el lugar donde se retienen las aguas del río de los Lobos o de los Casares. De nuevo los paisajes impresionantes, los desniveles verticales que nos asomaron a La Huetre, la sensación de estar en un lugar tan recóndito como bello.

Después de pasear por la presa, volvimos a la carretera para asomarnos al valle del Hurdano. El río se entretenía ante nuestra mirada, encerrado entre montañas, tal y como es la constante en las tierras hurdanas. Antes de acabar de atravesar Nuñomoral, nos desviamos hacia el barranco más olvidado de toda la región, el del Malvellido.

Al poco, apareció Cerezal y, enseguida, la pequeña carretera de acceso a otra recogida presa, la de Arrocerezal, encerrada en un bello paisaje de montañas; más allá el asfalto cruzaba Martilandrán enseñándonos alguna de las viviendas clásicas hurdanas. Aguas arriba fuimos quedándonos más y más asombrados. Allí se cerraba el valle y la luz golpeaba sobre la pizarra dando nuevamente el tono azulado al ambiente. Vimos Fragosa ante nosotros y el Cottolengo, el conocido centro asistencial; al rebasar la alquería las casitas hurdanas aparecieron descolgándose por la ladera hacia el Malvellido, en el que los hurdanos habían conseguido extraer pequeños bancales para crear sus huertos.



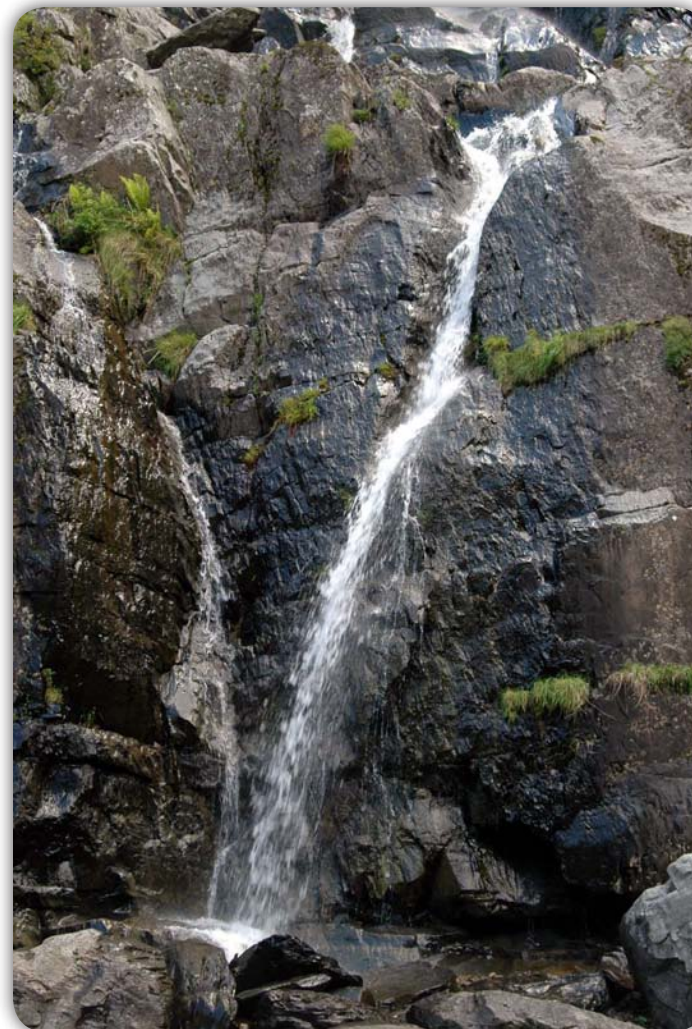


Y después, El Gasco. Es esta población una de las más remotas de Las Hurdes, ya que sólo se puede llegar a ella por la carretera o descolgándose, en sentido literal, de los montes; nos informaron que había un artesano que hacía casitas tradicionales de pizarra, aunque ya no quedaba nadie que vendiera objetos de piedra del “volcán”... “Ese que ven ustedes al frente, pero no es un volcán sino un meteorito que cayó hace millones de años, tal y como nos dijeron unos expertos que vinieron a estudiarlo”. La buena mujer que nos refirió lo citado también nos recomendó dar un paseo hasta la Miacera, ya que las lluvias y nieves caídas le habían devuelto la belleza al salto de agua más conocido de Las Hurdes. Así lo hicimos, paseamos entre peñascos durante un

rato y nos detuvimos a contemplar y a escuchar el atronador estruendo del eco al reproducir el sonido del agua cayendo sobre las rocas. Tan impactante fue su contemplación como la de la alquería desde el otro lado del río, con sus diminutas callejuelas, sus casitas de pizarra negra y el reducido espacio de su asentamiento. Allí, rodeados de la descomunal naturaleza, tuvimos la impresión de haber llegado al final de todo y de nada; desde El Gasco, imaginando el pasado y sólo una senda para llegar, pensamos lo fácil que había sido mantener la leyenda negra; ¿quién iba a querer llegar para comprobar la existencia de seres extraordinarios, que decía Lope de Vega de Las Batuecas y cuya imagen también abrazaba Las Hurdes?; pero también comprendimos que en ese barranco, y en otros tiempos, la vida debió ser terrible; nos pareció muy cierta la expresión de “una tierra sin tierra”, y una cruel batalla la de luchar por sobrevivir en un medio tan bello como improductivo.

En el barranco del Malvellido, como también ocurre en el del Ladrillar, en la zona alta del Hurdano o en algunas alquerías perdidas de Las Hurdes Bajas, comprendimos la cruzada que acometieron muchas gentes para forzar la visita de Alfonso XIII en 1922 o para mover la conciencia del país, que sólo parecía acordarse de la región para dejar hijos naturales. Palabras terribles las

de muchos testigos de la situación hurdana, como los versos de Gabriel y Galán dirigidos a Alfonso XIII: “Tanta pena he contemplado / que unas veces he llorado / con llantos de compasión / y otras mi voz ha velado / gemidos de indignación...”. También las palabras de Miguel de Unamuno: “Quien una vez vio aquello, sobre todo el barranco central, el que va



de El Gasco a Nuñomoral, pasando por Fragosa, nunca más podrá desdolerse de ello. ¡Qué tarde aquella en que después de habernos bañado en el clarísimo río, entre peñascos –lo que allí falta es tierra-, al pie de Fragosa, nos rodearon los misérrimos fragosanos al husmo de las escurrajadas de nuestra merienda, pero también para preguntarnos por el mundo!”.

De nuevo en ruta, volvimos hasta la carretera central de Las Hurdes en Vegas de Coria, atravesamos el centro de la zona y en Pinofranqueado nos desviamos hacia el norte, buscando el valle del Esperabán; las aldeas de nuevo daban la impresión de estar escondidas, de emitir tanta belleza como soledad. Tomamos el camino a Horcajo, pasando por La Muela y Robledo, pues habíamos leído que muy cerca de la primera población había un conjunto de corrales muy a la usanza hurdana y en un paraje de gran belleza, aguas arriba del arroyo del Horcajo. Dejamos el coche y anduvimos hasta allí por una senda delimitada por tapias de pizarra; al final, en un magnífico enclave, se levantaban los Corrales del Morral, casi un reducto de arquitectura tradicional hurdana.

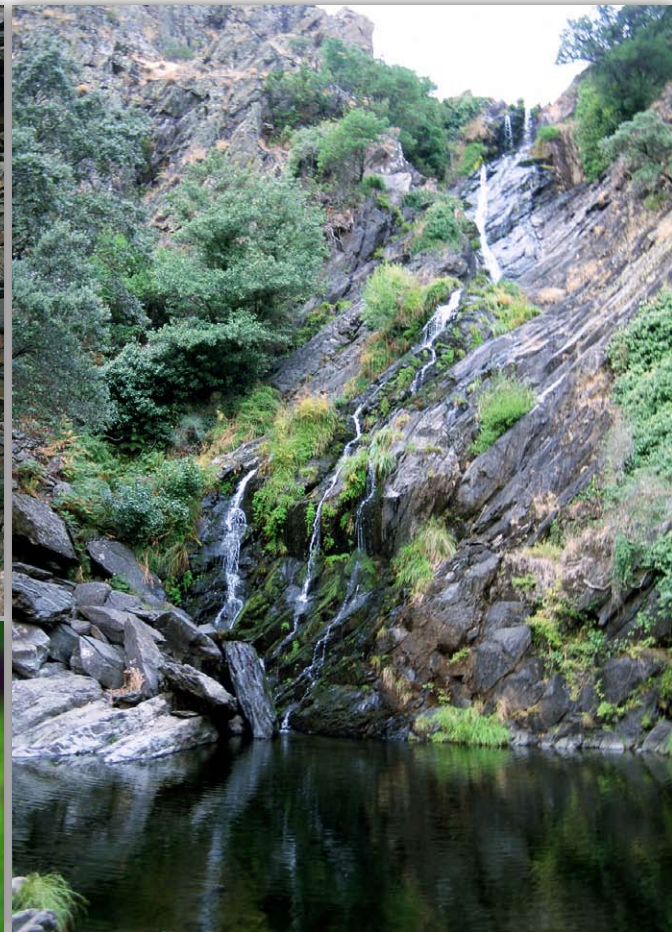
Si bellos nos parecieron estos paisajes de Las Hurdes Bajas, no menos nos ocurrió con los del río Ovejuela o el de los Ángeles, al que nos dirigimos muy pronto. Tomamos una pequeña carretera y continuamos hasta la alquería de Ovejuela, a la que nos acercamos para alcanzar otro de los chorros de Las Hurdes, conocido como el Chorrituero, origen del río de Ovejuela. Tras un descanso merecido en el lugar, desanduvimos y abajo llegamos hasta un lugar señalado con tablillas de madera, que indicaba el acceso por pista hasta un nuevo espacio natural: el Manadero de los

Ángeles. Por encima de nosotros planeaban tres buitres negros mientras ascendíamos la Sierra de los Ángeles. Arriba, grandioso y abrupto, apareció el mayor salto de agua de Las Hurdes, origen del propio río. Un mirador nos hizo asomar a aquel paisaje montaraz y a disfrutar del horizonte hurdano que se abría a nuestras espaldas.

Al volver, nos desviamos para ver un bellissimo puente medieval, llamado “de los Machos”, así como las ruinas del convento de los Ángeles, un lugar que tuvo gran importancia en la comarca durante siglos, incluso como centro de peregrinación. Hoy privado, tuvimos la suerte de que nos lo enseñara su amable dueño.

Siguiendo el curso del río de los Ángeles llevamos la ruta hasta Pinofranqueado, deteniéndonos junto a la piscina natural que retiene las aguas del río durante el verano. Dejamos zonas sin tocar, lugares que tenían mucho que contarnos sobre la naturaleza hurdana, sobre su pasado y sobre el gran futuro que les depara el hecho de tener uno de los espacios naturales de mayor singularidad de la Península. Pero ya es causa de otro viaje.





LOS VALLES HURDANOS

VALLE DEL ALAGÓN



Nuestro cuaderno de campo, como tal, debe comenzar con la cita del primero de los grandes ríos de Las Hurdes y que es, ni más ni menos, que el Alagón, al que todos los demás tributan directa o indirectamente. Frontera natural entre tierras salmantinas y extremeñas en la zona nororiental de Las Hurdes, sus aguas nacen más al norte, en plena Sierra de Frades, junto a Frades de la Sierra y no lejos de Salamanca capital; ya en tierras extremeñas, es represado en el bello embalse de Gabriel y Galán, buscando después ciudades como Galisteo y Coria para ir a volcar sus aguas sobre el Tajo, en Alcántara.

Era inevitable comenzar nuestro viaje por Las Hurdes descubriendo el Alagón, pues junto a Riomalo de Abajo produce una de las imágenes más divulgadas de la zona, la de uno de sus meandros, conocido como el Melero. Sin embargo, antes de contemplar el Melero, otros paisajes recabaron nuestra atención, empezando por la desembocadura del Ladriillar, sobre el Alagón, muy cerca de Riomalo de Abajo, y siguiendo por la orilla salmantina que, desde la pista del inicio de la ruta, permitía adivinar un despoblado, entre olivos, cuya fisonomía era la de una típica aldea hurdana, para ratificar lo cual las casas que quedan en pie son de pizarra y el nombre que recibe es el de Alquería Cabaloria. El Alagón se retuerce en esta zona de forma inverosímil, consiguiendo sus meandros, sobre todo el Melero, acaparar la atención del observador por la espectacularidad del paisaje. El río discurre unos kilómetros haciendo de frontera, estando ocupado el lado salmantino por un espacio protegido, Arca y Buitrera, que es prolongación del Parque Natural de las Batuecas. No es complicado avistar buitres negros sobrevolando el lugar, incluso ver ciervos bajando las laderas hasta el borde del agua al atardecer por aquellos puntos en los que los pinos se abren suficientemente y permiten su contemplación.





Es fácil descender al curso del Alagón desde Riomalo de Abajo, tal y como hicimos por uno de los ramales que parten de la pista que lleva al Melero; de hecho existe una zona desde la que se puede alcanzar el río y dar un paseo en barca hacia el embalse de Gabriel y Galán y hacia Granadilla, un bellissimo lugar, casi aislado sobre el pantano, cuyas murallas han cerrado desde la Edad Media el conjunto, dejando fuera sólo puentes y tapias, hoy anegados por las aguas; la expropiación de

las casas y el abandono estuvieron a punto de acabar con el lugar, cuyo deterioro finalizó con la declaración de Conjunto Histórico y con un programa de rehabilitación que aún sigue en marcha y que ha devuelto la fisonomía a las murallas, a su torre-castillo y a parte de sus calles y casas. Lo que no tiene duda es que Granadilla es un lugar bello y mágico.



VALLE DEL LADRILLAR

El río Ladrillar antiguamente era también conocido como Riomalo, de ahí el nombre de las poblaciones de su cabeza y de su desembocadura; la causa no es otra que el poder destructivo de la lluvia, que por la verticalidad de los montes, lo estrecho del valle y el sustrato de pizarra, convertía las aguas en torrentes que arrastraban todo lo que encontraban a su paso, incluidas las frágiles viviendas hurdanas.

El curso, en su desembocadura, es quizás donde se permite una cierta amplitud; el resto es típico de Las Hurdes Altas, estrecho y angosto. Riomalo de Abajo, como aldea, esconde en su interior restos de arquitectura hurdana, estrechas calles, corrales y casas de piedra, algunas encaladas. Aguas arriba, aparecen Rebollosa, administrativamente de Salamanca, y Las Mestas. Cerrando el curso, por el sur, la Sierra del Cordón, que esconde algunos reductos de la tradicional vegetación hurdana, sobre todo por el brezo, el madroño y la jara, omnipresentes; de hecho, el nombre de Hurdes dicen provenir de urz o urce, otro nombre del brezo; a pesar de todo, los pinares de repoblación son ahora los que ofrecen la imagen más extendida de la región. También el Ladrillar da a conocer una de las tradicionales actividades hurdanas, la producción de miel; hay miles de colmenas distribuidas por el territorio hurdano, así que no extraña saber que uno de los productos más conocidos, dentro y fuera del país, es el Ciripolen, una bebida que inventó un vecino de Las Mestas que está hecha de miel, polen y hierbas aromáticas hurdanas.

A la altura de Las Mestas el Ladrillar recibe el agua del río de Las Batuecas. Viendo el paisaje montaraz se puede llegar a entender que desde la aparición de la obra de Lope de Vega se consideraran Las Hurdes como parte de ese terreno desconocido de Las Batuecas, habitado por seres extraordinarios, aunque eso no explique el olvido al que fue sometida la región durante tanto tiempo.

A medida que se remonta el curso del Ladrillar, el río se entretiene en charcas y pozas que, dicen, llevaban oro antiguamente; parece ser que los albercanos, dueños durante siglos de la región, bajaban a lavar las aguas del río mucho tiempo atrás; cierto es que existen en Las Hurdes los minados, bocaminas que indican una antigua explotación de minerales. Las alquerías que se agrupan en el Ayuntamiento de Ladrillar son: Las Mestas, Cabezo y Riomalo de Arriba, ésta última una auténtica reliquia de etnografía hurdana que, afortunadamente, está siendo rehabilitada con criterios tradicionales. Riomalo de Arriba se encuentra hundida en un paisaje brutal, cercada por altas montañas y regada por las aguas del Ladrillar, que nace por encima de la alquería, bajo el Pico Espinal.

VALLE DEL HURDANO

El valle del Hurdano pertenece a Las Hurdes Altas; las aguas del río comienzan su andadura en las cumbres de la Sierra de la Canchera, siendo retenidas muy pronto en la presa de la Majá-Robledo, de la que salen para sortear los incontables montes que cierran la deliciosa población de Huetre. En la zona se conoce como Río de los Casares a este tramo, hasta que el Malvellido se une a él y juntos corren ya valle abajo. Carretera arriba, allá donde asciende el asfalto hacia el Puerto de los Casares, están las





poblaciones de Robledo y Carabusino, así como Casares de las Hurdes, todas ellas inverosímiles en cuanto a ubicación se refiere, pues se descuelgan en vertical de las laderas: y más abajo, Asegur, o La Segur que aquí dicen. Los paisajes de este tramo tienen la espectacularidad de los valles cerrados por altas montañas de toda la región, aunque cuentan con laderas llenas de bancales que otrora dieron forma a las múltiples imágenes que atestiguaron la dureza de una vida como lo fue la hurdana.

El río Hurdano recibe, como dijimos, al Malvellido en Nuñomoral, cabeza de municipio, punto en el que el valle se abre brevemente. Resulta curioso saber que, a pesar de la forzada soledad que vivieron durante siglos Las Hurdes, no se desechó la región para desterrar a diversos políticos y para depositar a hijos no deseados, esto último a cambio de unas cuantas monedas quizás; no hace falta remontarse muy lejos en el tiempo para saber que Las Hurdes siguieron siendo, durante más de la mitad del siglo XX, un lugar al que enviar políticos y eclesiásticos no deseados.

Desde Nuñomoral se puede acceder a la Sierra del Cordón, así como a la aldea de Aceitunilla; al frente, la Sierra de la Mula, o de la Múa, donde anida la cigüeña negra, y por debajo, La Batuequilla, uno de esos lugares mágicos que conservan Las Hurdes, pequeño, emitiendo todo el sabor de las alquerías tradicionales, incluso con las antiguas eras de trillar típicas de la zona.



Aguas abajo está El Rubiaco, otra pequeña alquería de la que parte una pista que accede a La Horcajada, un conjunto etnográfico que, desgraciadamente, se viene abajo por el abandono. El río Hurdano sigue su descenso y llega a Vegas de Coria, cruce de caminos en medio de la carretera que cruza la región. Desde Vegas el curso busca la pequeña población de Arrolobos y uno de los brazos del embalse de Gabriel y Galán, donde desemboca.

VALLE DEL MALVELLIDO

Si las crónicas hablaron durante mucho tiempo de la inaccesibilidad de la tierra hurdana, siempre lo hicieron con insistencia del barranco que recorre el Malvellido, puesto que en él se encuentran las alquerías más remotas: El Gasco, Fragosa y Martilandrán. Sólo se puede llegar a ellas por una carretera que acaba en El Gasco y que asciende el curso del



Malvellido, tocando primero la aldea de Cerezal. Enseguida el paisaje se sumerge en una inquietante sucesión de montañas que caen en vertical hasta el estrecho y profundo cauce del Malvellido, que se retuerce mientras intenta liberarse de la pizarra hurdana e incrementa su caudal con el agua de los chorros que se abren camino entre rocas desde las alturas de las sierras. Y si se puede hablar de bancales en Las Hurdes, es entre las angosturas de este río donde queda más patente aquella falta de tierra de la que hablaba Unamuno, la misma que ha forzado a los hurdanos, durante muchos siglos, a robarle a las montañas cada metro en el que plantar olivos y frutales o sembrar pequeños huertos.

Tanto Martilandrán como Fragosa, cuyo gráfico nombre explica convenientemente la angosta fisonomía de esta tierra, son alquerías que descuelgan sus caseríos en vertical y que conservan antiguas casas de pizarra; sobre Fragosa se levanta el Cottolengo, institución benéfica que lleva el nombre de un santo italiano y que hizo, y sigue haciendo, una gran labor asistencial. El asfalto muere en El Gasco, un remoto lugar de calles increíblemente estrechas, retorcidas y con escalones para salvar desniveles, que están flanqueadas por casitas de pizarra, las mismas que hoy reproduce un artesano del lugar en miniatura. Dos lugares naturales son los que visitamos en la zona, el llamado Volcán del Gasco, en realidad un meteorito según los estudios realizados, que es el monte que se eleva frente a la aldea y del que los habitantes han extraído siempre piedra para fabricar ciertos objetos; el otro es el Chorro de la Miacera, quizás el salto de agua más conocido de Las Hurdes, al que se llega siguiendo el curso del Malvellido, una vez salvado éste, y por una senda que rodea el Volcán y se adentra entre canchales en el monte. El paraje es de gran belleza, pues el arroyo de la Miacera, o de la Meancera, se despeña desde casi cien metros de altura pulverizando el agua al caer sobre una poza y buscando entre saltos más pequeños el curso del Malvellido.

Por lo que respecta al río, nace entre rocas, por encima de El Gasco y bajo el Pico Solombrero, en la llamada Lancha del Malvellido y en plena Sierra de la Corredera, cuyas altas cumbres se tiñen suavemente de blanco en inviernos duros.

VALLE DEL ESPERABÁN

El río Esperabán nace en el puerto del mismo nombre, desde el que se obtienen unas magníficas panorámicas de la Sierra de Gata y de la llanura de Ciudad Rodrigo. Las aguas descienden rápidamente a Aldehuela, tan remota como muchas de las alquerías ya citadas; entre magníficos meandros el Esperabán sigue su camino hacia Las Erías y El Castillo, entre madroños,



castaños, nogales y pinos. La aldea de Las Erías emite la impresión de haber estado amurallada, de lo que buena prueba es el arco de su entrada; por otro lado, es también una gráfica muestra de edificación hurdana por lo que a balcones corridos y pasadizos altos se refiere.



Muchos son los grabados rupestres que se pueden ver en Las Hurdes, así como restos de castros celtas, de lo cual el Esperabán está bien surtido, como prueban los parajes de La Zambrana y del Tesito de los Cuchillos, próximos a El Castillo; muy cerca de El Castillo se encuentra también uno de los madroños más grandes de la región, convertido en árbol de varios metros de altura.

Aguas abajo de El Castillo se encuentra la desviación a Horcajo. Merece la pena detener los pasos en este lugar, a lo que ayuda la ruta, ya que esta alquería conserva casitas tradicionales y calles estrechas, en las que disfrutar de la compañía de algún amable vecino y compartir el espacio con los animales domésticos tradicionales de Las Hurdes, como lo son las cabras y los burros; además, la aldea es el punto de partida para acceder, a pie y tras un corto paseo, al paraje en el que se encuentran Los Corrales del Moral. En un bello paraje, encerrado entre montes, los habitantes de la alquería levantaron unas cuantas majadas con pizarra negra; el sitio emite toda la abrumadora belleza de los rincones naturales de Las Hurdes, además de una lección práctica de arquitectura tradicional.



Volviendo al Esperabán, el curso se desliza hacia Robledo y termina volcando sus aguas sobre el río de los Ángeles, junto a Pinofranqueado.

RÍO DE LOS ÁNGELES Y DEL OVEJUELA

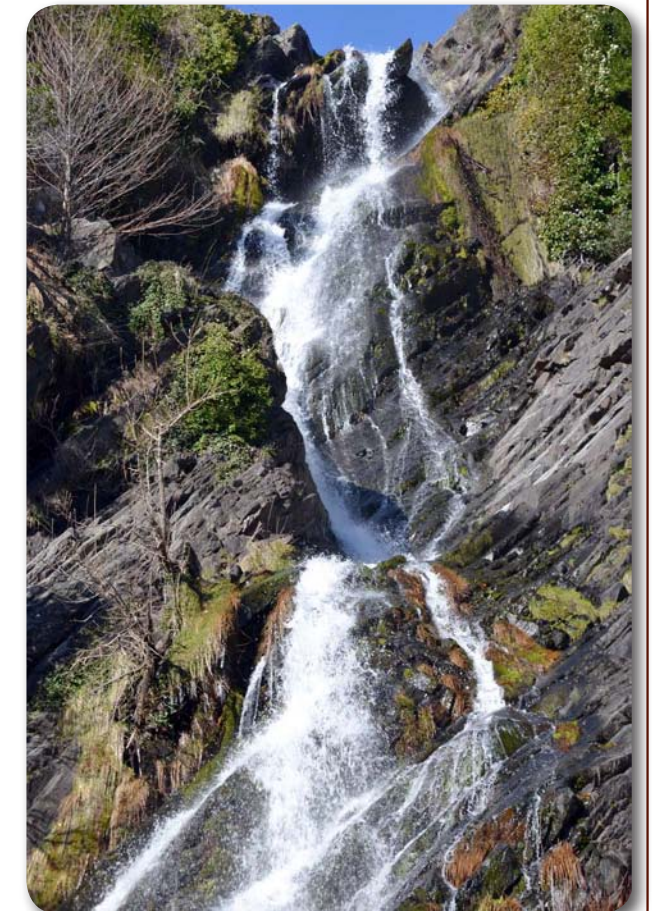
Otro de los puntos más emblemáticos de la región hurdana es el nacimiento del río de los Ángeles. El mismo comienza su andadura despeñándose entre rocas en el llamado Manadero, o Chorro, en plena Sierra de los Ángeles. Para llegar allí es necesario ascender unos nueve kilómetros por una pista desde la

carretera de Ovejuela. Arriba, antes de llegar a la cuerda de los montes existe un espectacular mirador que se asoma a los más de 100 metros de caída de agua y al montañoso paisaje de esta zona límite de Las Hurdes Bajas.

El río de los Ángeles se desliza entre rocas, por parajes angostos, hacia una pequeña presa que retiene sus aguas antes de alcanzar la carretera de Ovejuela; sin embargo, previamente ha bañado los límites de las tierras que pertenecieron al antiguo Convento de los Ángeles, un cenobio franciscano del siglo XIII que tuvo gran influencia espiritual en la región y del que quedan en pie algunos restos, pues la Desamortización forzó su abandono. Muy cerca del convento, sobre el río de los Ángeles, queda en pie el bellissimo puente del que hablábamos páginas atrás.



El río de los Ángeles cruza la carretera y recibe el caudal del río de Ovejuela en Entrambasguas, donde hay un refugio de pescadores; después el curso se desliza entre montes hacia Saucedá y Pinofranqueado, donde permite la existencia de una piscina natural, y sigue su camino hasta confluír con el Alagón en el embalse de Gabriel y Galán, en el término de La Pesga.



No podemos dejar de hablar de un bello salto de agua que provoca el río de Ovejuela; para llegar a él hay que seguir la carretera hasta la población de Ovejuela y, a pie desde el cementerio, seguir una senda marcada con flechas blancas. Después de un paseo, la senda y el rocoso cauce se unen hasta que, de pronto, aparece una bella cascada que se desliza entre las paredes que cierran el espacio; las aguas saltan a una deliciosa poza y después buscan el descenso al valle. Dicho salto es conocido como el Chorrutero y es el origen del río.





FAUNA DE LAS HURDES

Los verdaderos protagonistas de Las Hurdes, en cuanto a fauna de refiere son la cigüeña negra, el águila real y el buitre negro, tres especies protegidas por su paulatina desaparición en la Península. En Las Hurdes hay, en el momento de realizar este cuaderno de campo, dos nidos de cigüeña negra, uno en la zona alta de Nuñomoral y otro en la Sierra de los Ángeles. Con respecto al águila real, en la zona hay una pareja, mientras que de buitre negro hay algunos ejemplares y varios nidos en la Sierra del Cordón y en la de los Ángeles.



Otras aves habitan en la región, siendo el señor de la noche el búho real. Por otro lado, las pistas forestales de Las Hurdes permiten al visitante contemplar diversas especies más de fauna, siendo todo un placer la presencia de ciervos y corzos, muy fáciles de observar al atardecer, por citar algunos. Aunque se desconoce si la sequía de los años pasados ha afectado a las nutrias que se movían por algunos de los ríos, antes se avistaban unos pocos ejemplares, como ocurría antes de los años 70 con el lince, especie de la que esporádicamente se llega a ver un ejemplar; es más fácil divisar algún gato montés. Abundan los anfibios y los reptiles y por los ríos se deslizan truchas, tencas y barbos.



EL PAISAJE VEGETAL

Antiguamente, la vegetación de la zona estaba compuesta, principalmente, por brezo, madroño, jara, terebinto, aliso, encina y alcornoque. Sin embargo, una repoblación de pinos masiva realizada a partir de los años cuarenta hizo subir la cantidad de hectáreas de seiscientas a treinta y cinco mil en tres décadas. No obstante, los incendios han acabado con muchas de ellas.

En cuanto al aprovechamiento del medio, además de pequeños huertos los hurdanos tienen infinito número de bancales con olivos y frutales; mientras, los castaños siguen produciendo, como antaño, el fruto con el que se elaboran muchos postres.

Los montes hurdanos siempre tienen color y cuando no es el brezo rojo o el blanco lo que llena de tono, son las enormes flores blancas de la jara pringosa, las amarillas de las escobas o las de las carquesas, el morado de los cantuesos..., flores que permiten la abundancia de colmenas y la producción de la conocida miel hurdana. A pesar de todo, son las madroñeras las que parecen resistir todas las dificultades en Las Hurdes. Los madroños vuelven a crecer, como siempre, en cualquier zona, cuajándose de deliciosos frutos rojos en otoño.



ALGO DE INFORMACIÓN:

GASTRONOMÍA: La cocina tradicional de Las Hurdes se basa en las materias primas de su entorno, así, el cabrito, la carne de caza, los dulces de miel, y los caramelos, las castañas, el aceite... Son extraordinarias, y de mucha fama, las jornadas de setas que en noviembre celebra el hostel-restaurante Riomalo de Riomalo de Abajo y, en toda la región, el cabrito, asado o guisado. Las ensaladas de limón o de pimientos, las patatas meneás, los rebujones –guiso de cabrito-, el moje de peces, el queso de cabra, los socochones –postre de castañas-, el matajambre –masa de harina y huevos frita-, forman parte

también de la gastronomía tradicional hurdana. Por otro lado, cada año la región celebra la matanza en un ayuntamiento, que rota año a año, teniendo carácter público.

ARTESANÍA: Típicos de la región son los objetos de mimbre, los sombreros de paja, la talla de madera o de piedra, la cerámica y las reproducciones de casas hurdanas en pizarra.

INFORMACIÓN: Existe la Asociación para el Desarrollo Integral de la Comarca de Las Hurdes (ADISC HURDES) que promueve numerosas acciones en la región y que cuenta con una página web que informa sobre todo lo relacionado con la zona: www.todohurdes.com

BIBLIOGRAFÍA:

- Viaje a Las Hurdes. El manuscrito inédito de Gregorio Marañón y las fotografías de la visita de Alfonso XIII. Ed. El País-Aguilar y Fundación Gregorio Marañón. Madrid, 1.993.
- Andanzas y visiones españolas. Miguel de Unamuno. Ed. Austral. Madrid, 1.922.
- Guía Curiosa y Ecológica de Las Hurdes. Felix Barroso. Libros Penthalon. Ed. Acción Divulgativa. Madrid, 1.991.
- Las Batuecas y Las Hurdes 1. Ed. Al Platá. Salamanca, 1.995.

